

Nicolás Maquiavelo

Discursos sobre la primera década de Tito Livio

Traducción, introducción y notas
de Ana Martínez Arancón



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*

Primera edición: 1987
Tercera edición: 2015
Tercera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción, introducción y notas: Ana Martínez Arancón
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1987, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-132-0
Depósito legal: M. 21.377-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Introducción
25	Bibliografía
	Discursos sobre la primera década de Tito Livio
29	[Epístola dedicatoria]
31	Libro primero
209	Libro segundo
341	Libro tercero
499	Cronología

Introducción

I. Pocos días antes de morir, Maquiavelo tuvo un sueño, que comentó con sus amigos. En él, se tropezaba con una turba descompuesta de harapientos mendigos, y cuando preguntó quiénes eran, una voz le respondió que eran los bienaventurados del paraíso, porque estaba escrito que los pobres heredarían el reino de los cielos. Siguió andando y se encontró con un grupo de caballeros afables, corteses y bien vestidos, que discutían animadamente de cuestiones políticas. Entre ellos, pudo reconocer a algunos célebres sabios de la antigüedad, como Platón y Tácito. Entonces, la voz misteriosa le comunicó que aquellos eran los condenados en el infierno, pues está escrito que la sabiduría del mundo es enemiga de Dios. Al despertar y contar el sueño a sus íntimos, Maquiavelo confesó que prefería estar con los segundos.

Esta anécdota no sólo revela el delicioso sentido del humor de Maquiavelo, del que hacía gala hasta dormido, como vemos, y nos remite a la leyenda del auctor damnatus, del político Anticristo tan vituperado en los tratados contrar-

reformistas, sino que, de algún modo, es un emblema de este libro, en el que Maquiavelo conversa de política con Tito Livio y otros autores clásicos, y lo hace, si no en la eternidad, fuera del tiempo, en una dimensión que convierte el pasado en proyecto de futuro, y donde el presente queda superado y trascendido.

Los *Discursos* son fruto de una meditación profunda y sistemática, y en ellos se encuentran análisis teóricos de gran importancia; pero son a la vez una obra militante. Maquiavelo, político en paro forzoso, los escribe entre 1513 y 1520, con el propósito explícito de que tengan una utilidad práctica, construyendo cuidadosamente en sus páginas un instrumento para edificar el futuro.

Ese mañana lo veía Maquiavelo como una restauración mejorada del ayer. Si escoge como base de su reflexión la historia romana, e hilvana su discurso como un comentario al texto de Tito Livio, no lo hace sólo obedeciendo a las pautas humanistas, sino porque su modelo de sociedad futura está en la república romana. Sin embargo, él no propone una restauración arqueológica, sino justamente un renacimiento: el nacimiento de un ser absolutamente nuevo, pero en el que aliente el mismo espíritu que dio a Roma su grandeza y le permitió aumentar y conservar su poder por mucho tiempo. Y este apasionado florentino proyecta febrilmente la unificación de Italia, la creación de una república italiana con centro en Florencia, capaz de hacer frente a los «bárbaros y expulsarlos de su territorio», e incluso capaz, en un futuro, de ser otra vez cabeza del mundo. Serán otros, supone, los que acaben su proyecto. Él les ofrece su libro como un arma, pulida y cortante.

Y no sólo eso. Él quería colaborar de forma aún más directa, volver a la acción política. Los *Discursos* fueron escri-

tos en el ambiente de los «Orti Oricellari», en las tertulias de literatos e intelectuales que se desarrollaban en los jardines de Cosimo Rucellai. El libro está dedicado a este caballero florentino y a otro de los contertulios. Pero en aquellas reuniones no sólo se hablaba de literatura y de política: también se fraguaba alguna que otra conjura antimédicea. Maquiavelo, pues, conspiraba contra los Médici y a la vez trataba de conseguir de éstos un cargo público, intentando por todos los caminos el regreso a la práctica política. Sin embargo, nunca volvió a ocupar un puesto medianamente importante, y la efímera restauración, tras el saqueo de Roma, de la república florentina no trajo el premio a sus trabajos, sino la ingratitud y la incompreensión. Este golpe pesó gravemente sobre su salud, y días más tarde, el 21 de junio de 1527, murió. No llegó a ver editados estos *Discursos*, que se publicaron póstumamente. Su cuerpo reposa en la iglesia de Santa Croce, en Florencia, con este epitafio: «Tanto nomini nullum par elogium Nicolaus Machiavelli».

II. Los *Discursos* son la obra de teoría política más ambiciosa de Maquiavelo. Sin embargo, su popularidad no es tan grande como la de *El príncipe*. Pienso que tal cosa puede deberse a que este último libro es mucho más breve, y esa misma brevedad hace más llamativas sus afirmaciones. Además, al tratar de la monarquía, concierne más directamente a la situación política europea de su siglo y de los dos siguientes, en los que se forjan y desarrollan las monarquías absolutas. Por otra parte, *El príncipe* debe gran parte de su fama a su absoluto contraste con el modelo de monarca cristiano y moralmente intachable de la propaganda contrarreformista.

Como los *Discursos* tratan fundamentalmente de la república, y su tono es más moderado que el de *El príncipe*, po-

dría parecer, a primera vista, que existe contradicción entre las dos obras; pero no es así, y el propio Maquiavelo lo pone de relieve, remitiéndose, en muchos lugares de los *Discursos*, a lo tratado en el otro libro. En realidad, podríamos decir que *El príncipe* se integra en la estructura general de los *Discursos*.

En efecto: éstos tratan de la constitución, ordenamiento, aumento y conservación de los estados. Ahora bien, los estados pueden organizarse en distintas formas de gobierno, y una de ellas es la monarquía, el principado, cuyas diversas circunstancias se estudian en *El príncipe*. Los *Discursos* se ocupan fundamentalmente del análisis de las repúblicas porque, por los motivos que expondré más adelante, Maquiavelo pensaba que ésa era la forma de gobierno más perfecta. Sin embargo, existían circunstancias excepcionales, como la fundación de un estado o su reforma en caso de crisis o de profunda corrupción, que exigían que el poder permaneciera, por cierto tiempo, en manos de una sola persona. En esas circunstancias excepcionales volvemos a necesitar las enseñanzas de *El príncipe*. Ambas obras, pues, se complementan.

En cuanto al tono más moderado de los *Discursos*, pienso que recibimos esa impresión porque, como se trata de una obra mucho más extensa, las afirmaciones más duras quedan diluidas y atenuadas. Además, es un libro escrito más despacio, con un estilo más reflexivo. A esto se añade que, para Maquiavelo, la república es el gobierno que representa la normalidad, la vida cotidiana de un estado bajo el imperio de la ley, y en cambio el principado es casi siempre una situación de fuerza, bien porque el poder se haya obtenido mediante una usurpación tiránica, o bien porque alguien haya tomado en solitario las riendas para poner orden en una situación excepcional, en la que la ley no basta y hay que re-

currir a la fuerza. Y, como repite Maquiavelo en varias ocasiones, las situaciones extraordinarias requieren medios excepcionales, fuera de las normas. Estos medios son dignos de aprobación, ya que obtienen excelentes resultados y acaban produciendo un aumento del bien común; pero no dejan de resultar bastante abominables para el que los sufre o para el que los lee sin la debida consideración.

De ahí que las recomendaciones hechas a los príncipes resulten especialmente duras, por lo que llegaron a ser el blanco de las iras de muchos tratadistas posteriores, mientras que los *Discursos*, que no son menos discutibles desde el punto de vista de la moral católica, quedaban un poco al margen de la furia.

III. Y con eso, entramos de lleno en el mito del Maquiavelo diabólico y mendaz y del maquiavelismo como adjetivo adecuado para las conductas más perversas, mito que resulta bastante chocante aplicado a este florentino de fino humor y costumbres amistosas, probo funcionario, padre de familia ejemplar, que en sus obras se manifiesta como un dechado de buen sentido, bastante pesimista, es cierto, pero siempre animoso.

No obstante, la Iglesia tenía más motivos para abominar de Maquiavelo que si hubiera sido un cínico de conducta desordenada, pues lo que él plantea serenamente, recogiendo y culminando un proceso iniciado en el prehumanismo con el *Defensor pacis* de Marsilio de Padua, es la autonomía de la política respecto de la Iglesia y su doctrina.

Para Maquiavelo, el comportamiento de los hombres en relación con el estado y de los estados como organizaciones es un hecho objetivo, observable, como un fenómeno natural. Incluso habla muchas veces del estado como de un or-

ganismo vivo, y de su cabeza, sus miembros o sus humores, recurriendo con frecuencia a símiles extraídos del lenguaje médico. Este fenómeno del proceder político tiene sus propias leyes, independientes de la moral, y sus normas no tienen más relación con la ética que con la geometría, por ejemplo.

Reivindica nuestro autor la política como una ciencia, con sus postulados, sus leyes y su caudal de experiencias para confirmar las hipótesis. Justamente ese carácter científico es lo que permite elaborar predicciones, construir estrategias para el futuro con un grado razonable de fiabilidad.

Maquiavelo jamás se pregunta por el valor moral de un acto, ni lo explica según la mecánica o la física: lo único que le interesa es su valor político. Lo otro no es asunto suyo. Él es un político, no un filósofo ni un teólogo. Éstos pueden, si quieren, cuestionar desde el punto de vista ético la conducta humana en los asuntos públicos, pero eso no cambiará en absoluto los hechos: las cosas son así, y no de otra manera, y se desarrollan según unas pautas que ninguna predicación puede alterar. Para llegar a un punto dado, será necesario tomar determinados caminos, les guste o no a los moralistas, que, por otra parte, harían bien en no meterse en un terreno que no les corresponde. En compensación, cuando Maquiavelo habla de las religiones nunca se cuestiona la verdad o falsedad de su dogma ni la elevación de sus principios morales, sino que tan sólo le preocupa el papel que juegan en la vida pública, sus posibilidades a la hora de ser utilizadas con fines políticos, o la efectividad de su función educativa para formar ciudadanos intachables. Critica en diversos lugares a la Iglesia católica, pero no le hace acusaciones teológicas, sino políticas: ha impedido la unidad italiana, es un ejemplo de desgobierno, corrompe cual-

quier organización, por perfecta que sea, no fomenta el amor a la patria, y sus efectos en la educación son nefastos, pues no induce a las virtudes cívicas, a la fortaleza y a la libertad, sino, muy al contrario, a la humildad, la debilidad, el despotismo, la cobardía y el absoluto desinterés por la colectividad.

IV. La política es, pues, una ciencia. Su base es la identidad de la naturaleza humana, que siempre se comporta igual, responde a los mismos estímulos de forma parecida, y sufre una invencible tendencia a obrar mal a no ser que se le obligue a lo contrario. De ahí la importancia que otorga Maquiavelo a los factores psicológicos, minimizando otros hoy más en boga, como los económicos, por ejemplo. Sin embargo, las predicciones de esta ciencia no son infalibles, pues junto a las determinaciones naturales obra también el azar, la fortuna, que puede dar al traste con las previsiones más cuidadosas. Y Maquiavelo nos cuenta, para demostrarlo, el ejemplo de César Borgia, que, según sus propias palabras, lo había previsto todo para el momento de la muerte de su padre, el papa Alejandro, excepto estar él mismo en peligro de muerte, y ese fallo le perdió. Pero, desde luego, la importancia del azar disminuye muchísimo si lo incluimos como un factor más a la hora de elaborar nuestros planes, si tenemos flexibilidad para adaptarnos a las nuevas circunstancias que provoca, volviendo a la fortuna de nuestro lado, o si lo tratamos igual que a las determinaciones naturales, es decir, convirtiendo la necesidad en elección.

Porque, aunque pueda ser observado como un hecho natural y su base sea la naturaleza humana, el estado, objeto del estudio de la ciencia política, no es un hecho natural, sino un producto de la acción humana: un artificio. No sur-

gió inevitablemente, sino por casualidad, y no se propone seguir a la naturaleza ni copiarla, sino actuar sobre ella, modificarla y manejarla, lo que en muchas ocasiones supone no actuar de acuerdo con ella, sino en contra suya. La política es una técnica, y se puede enseñar como tal. Su conocimiento profundo pone en nuestras manos los instrumentos precisos para transformar el hecho natural en logro artificial, en trabajo humano. El mundo así fabricado, obra de los hombres, responde a unas necesidades también impuestas artificialmente, mediante la ley, y está hecho a la medida del hombre justamente en cuanto que éste es diferente de la naturaleza y se separa de ella. Un puro ingenio racional donde no puede haber lugar para sentimientos o deseos: campo de lo privado que, por eso mismo, se opone a lo público, y del que el público debe ponerse a salvo, si quiere sobrevivir y no caer en la arbitrariedad; campo de la naturaleza que hay que excluir cuidadosamente de la máquina del estado para que no interfiera en su perfecta marcha. Sobre este divorcio se edifica la fábrica del estado: un ser vivo construido artificialmente, el verdadero y definitivo autó-mata, que tanto obsesionó a las mentes renacentistas.

V. En consecuencia, esa técnica no puede aprenderse estudiando la naturaleza, sino mediante la observación cuidadosa, crítica y razonada de las acciones humanas. Y de ahí la importancia de la historia escrita y su papel como maestra de la vida. Por eso, Maquiavelo escribe y reflexiona en estas páginas sobre un texto histórico.

Esta maestra enseña muchas cosas: por ejemplo que todos los hombres se comportan más o menos igual, que los pueblos conservan un mismo carácter por mucho tiempo, o que la cantidad de poder permanece constante, aun-

que desigualmente repartida: a veces hay muchos estados equipotentes, y a veces una gran acumulación de poder en un solo estado, en un gran imperio.

La historia muestra que, hasta la fecha, los estados se han alternado siguiendo un esquema cíclico: surgían, crecían, alcanzaban el cenit de la perfección, se corrompían, decaían y desaparecían por completo, siendo sustituidos por otros. Sin embargo, Maquiavelo no cree que este ciclo sea inmutable o que constituya una especie de destino circular e insoslayable. Precisamente la historia, al proporcionarnos conocimiento, nos da la posibilidad de romper el círculo. El conocimiento es poder. Y haciendo uso de ese poder es factible disponer las cosas de otra manera, y organizar un estado capaz de renovarse a sí mismo, de mantenerse en equilibrio, libre de la corrupción, por mucho tiempo, sin decaer. Incluso por un tiempo indefinido.

VI. Para conseguir ese sueño de un estado de duración indefinida, lo fundamental es organizar las cosas de la manera más adecuada, buscando la forma de gobierno que ofrezca más garantías de estabilidad. El fin del estado es el bien común, que se plasma en la conservación y aumento de su propio poder. Para lograr este bien común, es necesario cumplir ciertos requisitos: que no existan grandes desigualdades sociales, que todos los estamentos tengan una participación en el gobierno, y que el estado sea libre, sin estar sometido al voluntarismo de una persona o de un grupo parcial. Para lograrlo, nada mejor que un gobierno mixto, que participe de las tres formas políticas clásicas: monarquía, aristocracia y democracia. Y este gobierno mixto sólo puede darse en el seno de una república bien organizada, como lo fue la romana y como ha de serlo la que se construya para el futuro.

Son muchas las ventajas que Maquiavelo encuentra en la forma republicana, y que la convierten en el régimen ideal, el más estable y el más apto para los proyectos venideros. Veamos algunas de ellas.

En primer lugar, en las repúblicas se mira más por el bien común, sin el obstáculo de los intereses particulares. Al ser el gobierno de todos, se busca de manera inmediata el bien de todos, y se ponen los medios para lograrlo sin hacer caso a prejuicios o inconvenientes particulares. Esto también facilita la elección de buenos magistrados, elección en la que el pueblo se equivoca mucho menos que los príncipes.

En segundo lugar, en las repúblicas el pueblo es libre, no está sometido a nadie, sino a la ley que es obra común, y participa del gobierno. Así, considera lo público como algo propio, que le concierne directamente, y toma parte de buena gana en la defensa del bien y de la libertad comunes, viendo sus proyectos como cosa suya, y haciendo en su provecho muchos sacrificios que no haría en favor de un príncipe.

Además, en las repúblicas existe mucha más igualdad, y el estado debe mantenerla y procurarla, tratando de que los ciudadanos permanezcan en una relativa pobreza y, en cambio, el erario se enriquezca. Con esta igualdad, cualquiera, provenga de la familia más humilde o de la más acomodada, puede servir a la patria, si está capacitado para ello, y ser útil a la comunidad. Y también se evita la corrupción, pues nadie es tan poderoso como para ser capaz de comprarse partidarios, alterando con su interés privado los ordenamientos públicos.

Otra ventaja es que, en las repúblicas, como todos tienen derechos, tienen también deberes, entre ellos el de la defensa de la patria. De este modo, se puede formar un ejército

con los propios ciudadanos, lo que Maquiavelo juzga una conveniencia fundamental: primero, porque un estado así armado no dependerá de nadie para su defensa, será respetado y temido y podrá conservar sus adquisiciones; y segundo, porque es más fácil obtener la victoria si los soldados luchan por su patria, por sus bienes y por su libertad, que si son unos mercenarios alquilados que sólo pelean por dinero y que son gentes sin honor, sin principios y sin ideales.

La quinta ventaja es que el reparto de poderes entre todos los estamentos sociales, o sea, el gobierno mixto, como lo llama Maquiavelo, es una forma política mucho más equilibrada, y por tanto más fuerte, y mucho más apta para resultar estable y duradera. Además, también es una forma política más dúctil. Las circunstancias cambian constantemente y requieren que cambien, asimismo, los modos de actuar. Ahora bien: cada hombre tiene un carácter y tiende a actuar siempre de la misma manera; así que un reino, regido por un solo individuo, se adaptará mucho peor a los cambios que una república, que siempre puede colocar en el puesto adecuado a la persona idónea, por sus cualidades, su carácter y su conducta, para cada circunstancia concreta.

Por si fuera poco, las repúblicas pueden volcarse con mayor intensidad en la conquista, que para Maquiavelo es la culminación inevitable de la acción política: hay que engrandecerse para no ser atacado y para mantenerse vigoroso. Las repúblicas son más aptas para la guerra porque en ella imperan menos los intereses privados y las ambiciones particulares. Sólo un rey muy poderoso, que viva en un reino bien organizado y asentado y que guíe personalmente sus tropas, podría competir con ellas en este terreno.

Una ventaja más es el hecho de que las repúblicas eliminen el problema de la sucesión que se presenta inevitable-

mente en las monarquías, pues a menudo los reyes no tienen hijos, o los que tienen no sirven para reinar. Un principado puede prosperar bastante bajo un buen príncipe, pero se hundirá en breve tiempo si los sucesores están poco capacitados, lo que sucede con frecuencia. En cambio, las repúblicas siempre pueden encontrar un sucesor conveniente, y con las aptitudes justas para el momento, pues pueden elegir entre gran número de ciudadanos capaces.

Además, en las repúblicas no hay sitio para que crezca una nobleza muy poderosa y ociosa, que corrompa las costumbres con sus lujos y su molicie y que acabe con la libertad imponiendo su capricho a base de regalos. Una república exige un cierto grado de igualdad y de austeridad, y si permite que se desarrolle en su seno una nobleza arrogante y dispendiosa, se suicidará como estado y arruinará la vida civil.

Por último, en las repúblicas se respeta la ley, expresión objetivada de la voluntad colectiva, por encima de cualquier voluntad personal. Esto pone al estado por encima de veleidades y ambiciones, en una situación muy ventajosa para enfrentarse con la fortuna. La acción política individual tiene en ella un papel relevante, pero sólo como servicio al interés público, que le otorga sentido y justificación. Incluso la fuerza, los recursos extraordinarios que han de entrar en juego cuando la ley no basta para solucionar un grave problema, deben estar de algún modo previstos como tales recursos en toda república bien organizada, y así la fuerza se convierte en expresión del poder público, se racionaliza, y, aunque sea uno solo el que la ejerza, ya no es el fruto del voluntarismo privado o de las pasiones. El estado republicano queda, pues, a salvo de la arbitrariedad: es el

artificio perfecto, lo más a salvo posible del azar, lo más libre posible de las determinaciones naturales, construido racionalmente para excluir las fisuras. En este estado ideal, todo lo que se haga buscará el bien público, y, por tanto, estará bien hecho, pues el criterio para juzgar la bondad o maldad de las cosas es el resultado obtenido, y en consecuencia todo acto político que produzca un aumento del bien común será bueno. Además, esta república será el terreno perfecto para aplicar las leyes de la ciencia política, pues alcanzarán su máxima eficacia al no estar perturbadas por alteraciones extracientíficas que disminuyan la fiabilidad de sus predicciones.

Desde luego, esto sólo vale para repúblicas bien organizadas y que se mantengan libres de la corrupción. Para Maquiavelo, las repúblicas representan la forma ideal de la actuación política, la plasmación de la libertad, el «vivir civil» por antonomasia. Pero si estaban mal ordenadas o corruptas, casi no podían considerarse verdaderas repúblicas, pues, en realidad, eran oligarquías o tiranías disfrazadas.

VII. Para finalizar, quiero hacer una breve alusión a las *Consideraciones sobre los Discursos de Maquiavelo* que escribió Guicciardini, amigo de Maquiavelo, florentino como él, y también diplomático e historiador. Se ha insistido muchas veces en el pragmatismo de Guicciardini frente a las generalizaciones maquiavelianas, y es cierto que este autor desconfía muchísimo de las reglas generales. Si piensa que la política es una técnica, la ve más cerca del oficio que de la ciencia, y cree que las leyes no cuentan, y que sólo una dilatada experiencia puede facilitar el acuerdo en la gestión de los asuntos públicos. Sin embargo, los fallos que los críticos modernos encuentran en Maquiavelo y que lo con-

vierten a sus ojos en un autor poco realista, como su excesiva atención a la psicología, su desinterés por las cuestiones económicas, su fijación exclusiva, o casi, por los problemas italianos, se dan también en Guicciardini, con el inconveniente añadido de una visión más limitada y con menor vuelo especulativo. Pese a todo, aunque su campo sea estrecho, su agudeza visual es extremada, y sus observaciones suelen resultar muy sugerentes.

Los puntos de discrepancia que manifiesta en las *Consideraciones* son muchos y muy variados. En la mayor parte de los casos, se limita a contrastar y limitar las afirmaciones con hechos en contra extraídos de la experiencia. Viene a decir: «no siempre es así, depende de las circunstancias, a veces, no hay que exagerar, sí pero...». Sin embargo, hay tres divergencias que me parecen muy interesantes. Primero, la que alude a las formas de gobierno. Guicciardini dice que la república no es el único gobierno equilibrado, y que no es preciso crear una forma mixta, sino que las formas tradicionales ganan en equilibrio y estabilidad con ligeras modificaciones. Por ejemplo, la monarquía será perfecta si se limita bastante el poder real; la democracia funcionará estupendamente si se le quita al pueblo casi todo el poder, excepto la elección de los magistrados y el refrendo de las leyes, y la aristocracia, que es la forma política preferida por Guicciardini, evitará cualquier inconveniente si el grupo de gobernantes es amplio y se extrae de un núcleo de familias no demasiado extenso, pero tampoco muy restringido.

Otra discrepancia interesante es la que discute la afirmación de Maquiavelo de que las luchas entre patricios y plebeyos eran inevitables y fueron beneficiosas para la libertad romana. Guicciardini piensa que toda lucha de facciones es mala para un estado, y si ésta en concreto pudo atenuar los

efectos del injusto sistema social romano, eso no quiere decir que fuera buena en sí misma, y, desde luego, no prueba que la república no hubiese prosperado mucho más sin semejante inconveniente. Además, el enfrentamiento pudo haberse evitado, bien con una mayor igualdad inicial entre patricios y plebeyos, o bien disponiendo las cosas de tal manera que los plebeyos enriquecidos pudieran pasar automáticamente a integrarse en el patriciado.

El tercer punto de debate que señalaré aquí es el de la unidad italiana. Maquiavelo la desea ardientemente: sueña con una Italia unida, bajo la dirección de Florencia, y la proliferación de pequeños estados le parece un desorden abominable y la principal causa que convertía a su país en presa codiciada y campo de batalla predilecto de las potencias europeas. En cambio, Guicciardini no quiere la unificación ni la considera necesaria. Es más, piensa que la dispersión resulta mucho más conveniente: ella ha permitido el florecimiento de muchas ciudades prósperas y variadas, libres y con gran desarrollo cultural y comercial. Además, cree que el temperamento italiano, lleno de ingenio y de fuerza y amante de la libertad, encuentra un marco más adecuado en la multiplicidad de ciudades independientes que en la creación y conservación de un único estado nacional.

VIII. Esta traducción se basa en la edición de los *Discorsi* al cuidado de C. Vivanti (Einaudi, Turín, 1983). También he tenido en cuenta el texto de las *Opere* editadas por S. Bertelli y F. Gaeta (Feltrinelli, Milán, tomo I, 1960).

He procurado seguir el texto con la mayor literalidad posible. En cuanto a las notas que lo acompañan, se limitan a aclarar las referencias históricas, localizar las citas que hace

Maquiavelo, de Tito Livio y de otros autores, y traducir los escasos textos latinos.

Por último, quiero hacer constar mi gratitud a Santiago González Noriega, sin quien me hubiera sido imposible, entre otras cosas, la realización de este trabajo.

Ana Martínez Arancón

Bibliografía

La primera traducción española de los discursos se editó en Medina del Campo, en 1550, y está dedicada a Felipe II, entonces aún príncipe. Se reeditó en la misma ciudad cinco años más tarde.

En este siglo, conozco dos traducciones: la de la editorial Hermandado, en 1924, y la que aparece en la edición de Obras de Maquiavelo de la editorial Vergara (Barcelona, 1965).

Otras obras de Maquiavelo que me parecen interesantes para completar el conocimiento de este autor:

El príncipe. Hay muchísimas ediciones. Se pueden destacar especialmente la preparada por Miguel Ángel Granada (Madrid, Alianza Editorial) y la traducción de Helena Puigdomenech (Madrid, Tecnos).

Historia de Florencia. Ed. de F. Fernández Murga. Alfaguara, Madrid, 1979.

Cartas privadas. Ed. de L. A. Arocena. Eudeba, Buenos Aires, 1979.

Del arte de la guerra. Ed. de Manuel Carrera Díaz. Tecnos, Madrid, 1988.

Escritos políticos breves. Ed. de M.^a Teresa Navarro Salazar. Tecnos, Madrid, 1991.